

Luis Pulido Ritter

Modernidad en movimiento: transitismo, cosmopolitismo y transnacionalidad
en la ciudad letrada panameña

Europa-Universität, Frankfurt/Oder, Alemania

Centro de Estudios Latinoamericanos Justo Arosemena, Panamá

luispulidoritter@gmx.net

Introducción

Si hay un fenómeno de larga duración, para hablar en términos del historiador Fernand Braudel, que ha impregnado la cultura, la geografía y la historia de Panamá es lo que Alfredo Castillero Calvo designó como el “transitismo”, del cual el Canal de Panamá forma parte como un producto de la modernidad liberal, librecambista y utilitarista, en la que se conjugó la ciencia, la inmigración y la emergencia de los Estados Unidos en la globalización capitalista. No hubo, en Panamá, esfera de lo cultural y lo social que pudo abstenerse del impacto del arribo de la modernidad, cuyo terreno ya se había sedimentado por el llamado transitismo desde el siglo XVI. Si por literatura poscolonial –un término muy discutible en Mignolo, en Cheng y en otros– se entienden aquellas literaturas que, a partir de la Segunda Guerra Mundial, nacen a partir de los procesos independistas de las antiguas colonias de los centros metropolitanos, podríamos afirmar que para el caso de Panamá la literatura moderna comienza precisamente con la inserción del país en el mundo transnacional del modernismo con Darío Herrera.¹ Además, el pensamiento político

¹ En este punto, Iván Schulman analiza la no mención de Darío Herrera dentro el canon del modernismo, al señalar que países o regiones como Panamá estaban, “al margen del proceso desarrollista del capitalismo iniciado en América a partir de la segunda mitad del siglo XIX, proceso modernizador, iniciador de la globalización socio-

panameño, con Mariano Arosemena, había logrado algunos años antes su “conciencia histórica” dentro de esa transnacionalidad que transforma la modernidad al convertir los lugares del planeta en lugares accesibles, intercambiables y conectados. La literatura panameña está profundamente marcada por la transnacionalidad en general y por el llamado transitismo, en particular, que no permite la consolidación a largo plazo de una sociedad basada en el estatus y en el rentismo, sino en el comercio y en la especulación, así como por el Canal de Panamá, que implica la transformación absoluta del paisaje “nacional”, particularmente urbano, por la composición heterogénea marcada por los procesos migratorios, impulsados primero por la construcción del ferrocarril y del Canal Francés y, posteriormente, del norteamericano. Este proceso de transformación urbana y cultural que remodifica la relación de “etnia” y “clase”, hace que la literatura panameña gire alrededor de la composición transnacional e híbrida del paisaje urbano, especialmente, de las ciudades de Panamá y Colón, paisaje que, sin embargo, no deja de estar caracterizado por una distribución estratificada/segmentada de la población inmigrante y conocida como nacional.

La transnacionalidad de la literatura panameña marca la tensión entre crear un espacio propio, caracterizado como nacional y un espacio transnacional marcado por la presencia/ausencia del otro, del inmigrante. Es decir, la modernidad de la literatura panameña es explicada tanto por la negación de ese espacio transnacional, híbrido y diverso, como por la aceptación y recreación de esa transnacionalidad que cruza los textos literarios, desde 1904 hasta el presente. Es en el primer tercio de la República que se sientan las bases de esa transnacionalidad literaria, donde los actores son estratégicamente colocados en una escala de valores marcada por el racismo, la exclusión y el cosmopolitismo. Y a partir de la Segunda Guerra Mundial, para la ciudad letrada, no hubo mayor mal que, precisamente, ese espacio transnacional –que es reducido a la Zona de Tránsito, al transitismo– que no permitía que lo

económica y cultural” (389). En verdad, Panamá a partir de la segunda mitad del siglo XIX no estaba al “márgen” de este proceso, sino en el “centro” mismo de esa globalización, por su posición geográfica: la construcción del ferrocarril (1850-1855) y el Canal Francés (1881-1889). Por otra parte, el modernismo fue algo muy centroamericano y muy caribeño, salido justamente de sociedades que, según el canon tradicional desarrollista de producción-modernidad, lejos estaban de este proceso.

nacional se asentara en el país. Esta crítica del transitismo, que era una vuelta romántica a lo local, no pudo, sin embargo, desprenderse de la transnacionalidad de la sociedad panameña que estaba fuertemente impregnada por el Otro, el inmigrante, que había ocupado e hibridizado el espacio transnacional-urbano, donde se cruzaban, de manera diferenciada, las presencias culturales de poblaciones inmigrantes con la receptora.

¿La transnacionalidad ha dejado de existir con la “normalización” de Panamá como Estado nacional? Efectivamente, la literatura panameña ha estado y sigue estando dentro de esa transnacionalidad por prolongarse los efectos y las consecuencias de su inmersión en la modernidad en movimiento, donde los espacios se transforman y se desplazan continuamente. Esta transnacionalidad del espacio que se ha resistido a los discursos nacionales de homogeneidad cultural, discurso que se ha elaborado por haber querido eclipsar la diferenciación transnacional del espacio urbano, por la concentración de sus temas en las gestas patrióticas y nacionales, pervive como una nota disonante en la historia de la literatura panameña en el transcurso del siglo XX, una nota que es imposible de borrar, tanto de la historia literaria, como de la vida de la gente.

Espacios construidos y desplazamientos

Ya Antonio Gramsci habla sobre la arbitrariedad de las construcciones espaciales.² Pero son arbitrariedades que, finalmente, se solidifican por esta identificación de lo racional con lo real y

² “¿Qué significaría norte-sur, este-oeste sin el hombre? Son relaciones reales pero no existirían sin el hombre y sin el desarrollo de la civilización. Es evidente que el este y el oeste son construcciones arbitrarias, convencionales, es decir, históricas, porque fuera de la historia real todo punto de la Tierra es este y oeste al mismo tiempo. Esto puede verse claramente por el hecho de que estos términos han cristalizado no desde el punto de vista de un hipotético y melancólico hombre en general sino desde el punto de vista de las clases cultas europeas que los han hecho aceptar por todos gracias a su hegemonía mundial. El Japón es el Extremo Oriente no solo para Europa sino quizá también para el americano de California y para el mismo japonés; éste, por la influencia de la cultura política inglesa., podrá llamar a Egipto Próximo Oriente. De este modo, a través del contenido histórico que se ha ido aglutinando al término geográfico las expresiones oriente y occidente han terminado por indicar determinadas relaciones entre diversos complejos de civilización. Los italianos, por ejemplo, hablan a menudo de Marruecos como un país 'oriental', para referirse a la civilización musulmana y árabe. Sin embargo, estas referencias son reales, permiten viajar por tierra y mar y llegar a donde se quería ir precisamente, permiten 'prever el futuro', objetivar la realidad, comprender la objetividad del mundo externo. *Lo real y lo racional se identifican.*” (Gramsci 37; énfasis mío, L.P.R.).

dejan de ser históricas para entrar en el reino natural del orden y de las cosas. No sólo, como pudo demostrarlo Foucault, hay un orden del discurso occidental, sino también una distribución espacial –geográfica– que es directamente denotada en términos culturales, históricos y literarios. Usurpar la representación literaria, como nacional, no se explaya única y exclusivamente en la discursividad tradicional de lo literario, comprendido como representación de historias, sino también en la construcción, usurpación y solidificación de una representación geográfica de lo nacional, como en el caso del Estado Federal de Panamá que quería definir su autonomía con respecto al centro administrativo y político de aquel entonces: Bogotá.³ En este caso, para Arosemena, la existencia del común, la comarca, no se levantaba a través de una lengua común, una épica histórico-literaria o la prensa, sino que la naturaleza misma, imponiendo sus límites geográficos creaba, con sus particularidades espaciales, ya sea de clima o paisajes, esta comunidad que demandaba emanciparse de la nación, la Nueva Granada, porque era una “pura idealidad” (14).

Efectivamente, en este romanticismo geográfico de Arosemena, hay que imaginarse que para él, que era un diputado en Bogotá, habría sido mucho más fácil y cómodo llegar a California que, para esa fecha, ya era posible por la construcción del ferrocarril y los barcos de vapor, que subir hasta Bogotá, a la ciudad subtropical situada a dos mil doscientos metros de altura sobre el nivel del mar, navegando por el escabroso río Magdalena. Este era un viaje que duraba hasta dos semanas. Por eso, Arosemena veía la provincia de Panamá como “una región marítima, distante, aislada, sin punto alguno de contacto en su naturaleza física, moral e industrial con el resto de Nueva Granada” (15). Cierta o no esta afirmación que expande la situación geográfica a otros órdenes como el moral u otros, es claro que el soporte primero del Estado Federal, que fue el “germen” del posterior Estado nacional, se fundaba en una nacionalidad demarcada, sobre todo, geográficamente.⁴ Se puede afirmar que esta comprensión geográfica de la nacionalidad se

³ En 1855, el político y jurista panameño Justo Arosemena escribe en *El Estado Federal de Panamá* que la geografía, en este caso comprendida como la “naturaleza”, sería el marco de extensión y límites de una “comarca” y del “común” (15).

⁴ Para alguien como Justo Arosemena, que tenía muy poco de bolivariano (como mucho menos su hermano, Mariano), la geografía era la base de la fundación de la nacionalidad. Para Bolívar, en cambio, la geografía era un

mantiene hasta la conformación mediatizada y protegida del Estado nacional en el que el territorio, con sus elementos ilustrados, incrustados en el signo de la nación, la *ius solis*, fue el elemento predominante para definir quién era panameño o no. De hecho, por las olas sucesivas de la inmigración, primero en el marco del ferrocarril, y después por el Canal, fue emergiendo un discurso romántico –lengua y etnia– para definir la nacionalidad, pero que no borró la fundamentación de la nacionalidad en Panamá como un constructo geográfico que tempranamente definió lo que sería la posterior “región de tránsito”, concebida por el mismo Arosemena como el “Istmo de Panamá”, por donde se construía un ferrocarril que no necesariamente iba a cumplir “tantas esperanzas de riqueza” (78), como muchos ya se lo habían imaginado en una época dominada por el utilitarismo inglés, donde se pregonaba que todo lo que contribuía al beneficio propio era perfectamente moral.

Pero, ¿cómo, por ejemplo, construir la literatura panameña en medio de una geografía cuyos espacios están “separados” del resto de un conglomerado de “nación colombiana”, tanto por su elaborada especificidad natural, como por su vinculación con otras realidades espaciales, primero con el centro colonial y después con California, París, New York, con Shanghai o con Bridgetown? ¿Cómo levantar una literatura panameña que se desenvuelve en medio de un espacio fragmentado y cruzado, contradictorio y paradójico? De hecho, la existencia de la literatura nacional, hay que verla como un proyecto formativo de integración/exclusión que actúa de “arriba para abajo”, un proyecto que pretende crear una red que cruza las diferencias territoriales, de clases, y de etnia, por el lenguaje, sus temas y sus rituales de lectura. Y en el caso de Panamá, cuya ciudad letrada siempre ha sufrido la no resonancia de su proyecto, no le ha impedido realizar, sin embargo, un proyecto de literatura nacional ya sea como víctima de la modernidad o del imperialismo, donde la nación, mancillada y ocupada, ha sido la camisa de fuerza de una ciudad letrada –hoy día erosionada por la llamada cultura de masas– que ha vivido,

obstáculo para la fundación de la nacionalidad, y, por lo tanto, supo reconocer desde muy temprano en su *Carta de Jamaica* de 1811 los elementos románticos (lengua, religión, historia común) que podrían ayudar a crear la red de identificación de conglomerados diversos en espacios geográficos fragmentados.

por un lado, a espaldas del mundo, su enemigo, y, por otra parte, ha llevado dentro de su inventada geografía una cruzada cultural, histórica y lingüística por décadas.

A primera vista parece que a diferencia, por ejemplo, de la conocida “meseta costarricense” (Jiménez Matarrita) o de la “sabana bogotana” y del “valle de Antioquia”, que sirvieron casi de espacios “endogámicos”, “homogéneos” y “cerrados”, en la fundamentación de sus respectivas nacionalidades, tenemos que en Panamá la ilusión de este espacio “endogámico”, fue mantenido difícilmente por una ciudad amurallada –hasta mediados del siglo XIX– que no pudo convertirse en el transcurso del siglo XX en el símbolo de la nación, como posteriormente se convirtió el “interior” de la República (las provincias centrales), dominado por el campesino de “origen” castizo y mestizo, lejos de la “región de tránsito”, en esa representación agraria amurallada de la nacionalidad panameña, aunque permanentemente amenazada por esa “región de tránsito”.⁵

No obstante, es interesante constatar que Hernán Porras en su texto *Papel histórico de los grupos humanos en Panamá* (1953), en medio de textos literarios, folklóricos, filosóficos e históricos que nacen al calor del romanticismo nacionalista, borra de un plumazo a la inmigración china, antillana, india, europea del mapa geográfico de la representación de lo nacional con casi las mismas palabras de Justo Arosemena: “Una nación consta fundamentalmente de una población más o menos unificada, y de un área geográfica que le sirve de habitación.” (3). Es así que puede asumirse de Porras qué piensa cuando se refiere a una “población más o menos unificada”, es decir, a los elementos románticos de lengua, cultura y etnia dados desde la colonia española y que incluyen a toda la gama variopinta de tres siglos de mestizaje y colonización, sin que no deje de ser esto una alfombra que quiera cubrir el hecho de una representación excluyente y usurpadora de nación al dividir al país en tres zonas, la Zona de Tránsito, la Zona del Interior de

⁵ Efectivamente, la región interiorana se convirtió en la fuente de la nacionalidad panameña a partir de los años veinte y treinta, una fuente que, sin embargo, ya venía construyéndose coherentemente con Belisario Porras con su cuento “El Orejano” de 1882 y su “Carta a un Amigo” de 1904. Y es así también que en medio del espíritu de la Vanguardia se publica el texto de Ignacio Valdés Jr. que, según Rodrigo Miró, “nació en el corazón del Istmo” (*Teoría* 99), refiriéndose, efectivamente, a una de las provincias centrales donde nació el escritor: Veraguas. En este texto se afirma en el prólogo: “En estos mis cuentos del campo intento retratar lo más fielmente posible el alma de nuestros campesinos, con sus grandes pasiones, sus amores y sus odios, sus creencias y sus costumbres patriarcales. Rico filón éste, inexplorado aún, por obra y gracia de nuestra desidia y nuestro desprecio hacia lo propio, por el afán de ir a buscar en los ajenos trigales el material que entre nosotros abunda.” (Citado por Miró, *La literatura* 264).

la República y La Zona Marginal (12). De hecho, a Hernán Porras le interesa reemplazar el análisis de clases sociales, por el de grupos humanos, y escribe como si en Panamá no hubiera pasado absolutamente nada con respecto a la conexión del país con la modernidad o, mejor dicho, su romanticismo. Es un mapa de Panamá dominado por una visión de tribus, castas y pigmentaciones, como puede encontrarse en Joaquín Beleño, un mapa de zonas vaciadas de la modernidad, si se entiende por esta modernidad la explosión del espacio geográfico que rompe las fronteras tradicionales de representación, por espacios fragmentados y contradictorios, cruzados, conectados y erosionados por el movimiento. Su Panamá de Zonas son Tipos Ideales de representación del espacio nacional, cuyo origen hay que perseguirlo en la Madre Patria, España, y que resulta bastante absurdo cuando trata de establecer el origen del blanco campesino y exculparlo de toda responsabilidad que pudo haber tenido de “limpieza étnica” con respecto a los indígenas en la zona propuesta como base de la nacionalidad.⁶

Porras se despide antropológicamente, románticamente, de la modernidad en Panamá. Su texto está dentro de las coordenadas de la *Teoría de la Patria* (1947) de Rodrigo Miró y del texto fundacional del transitismo en Panamá, que es publicado por vez primera en 1940: “Panamá, país y nación de tránsito” de Octavio Méndez Pereira. El texto de Miró, cuya zona de tránsito “ha estado siempre, sin remedio, destinada a ser instrumento de los otros” (160), no va más allá de las fronteras demarcadas por Méndez Pereira en su ensayo sobre el llamado transitismo, que encuentra a su chivo expiatorio, en un des-sujeto moderno, que es resultado y prueba de esa desmembración del espacio de su raíz, pues es una amenaza a la representación del espacio concebido como nacional:

Vivimos como la victoria de Samotracia con un pie en tierra y otro en el espacio, para emprender un viaje. Cada día aumenta el número de panameños que han salido del país y que habiendo salido quieren volver a salir y se sienten como desarraigados e incómodos en el medio que los vio nacer. Y este afán de salir, de pueblo que está a punto de irse para alguna parte, nos viene desde luego por contagio de los viajeros o turistas

⁶ Al respecto, Miró afirma: “ [...] es el interior de la República, la reserva de la nación, donde siempre hubo laborioso quehacer, pero honrado y viril, anterior y posterior a los momentos de decadencia de la zona de tránsito, y donde se ha ido gestando la nacionalidad” (*Teoría* 162).

que diariamente vemos. Nuestra psicología se afecta también por otros aspectos, por la influencia de estos viajeros. El turista como tal y en este sentido, es siempre inmoral y hace por donde pasa lo que no hace o no se atreve a hacer en su casa. Va dejando, pues, un sedimento de despreocupación y ligereza que aumenta constantemente en la psicología del panameño. Y para el turista son las cantinas y cabarets que inundan nuestras ciudades-puertos; para él es el comercio inmoral y fácil que aleja a nuestro hombre del campo de la agricultura y de la industria. (Méndez Pereira 63).

Estas frases no fueron emitidas por alguien que no había salido del país.⁷ Méndez Pereira, que había sido novelista, ensayista, fundador y director de varias instituciones educativas del país, habíase formado en Chile, era un social-liberal al decir de Ricaurte Soler, y además había promovido, bajo la administración de Belisario Porras, el contrato de profesores norteamericanos que habían trabajado en Cuba y Puerto Rico (Cantón). Incluso promovió la traducción de textos de educadores pragmáticos. No obstante, en 1940 el péndulo entre “universalismo” y “nacionalismo”, para llamar este fenómeno de alguna manera, golpea la última variante y, paradójicamente, Méndez Pereira adopta la mirada de los llamados “extranjeros” y “nacionales” que veían a Panamá según los esquemas clásicos de una modernidad eurocéntrica, industrial, burguesa, y agrícola, sin reparar suficientemente que la lectura del turista, en términos generales del viajero, era condición necesaria de Panamá como llamado “país de tránsito”. Es decir, la cantina y el cabaret se convierten entonces en símbolo de la sodomización y el turista en la antípoda del sujeto clásico, amarrado a un espacio determinado, con tradiciones fijas, y sin desplazamientos de movimientos. Sin embargo, a través de este ensayo es posible descubrir, a contraluz, el proceso de modernización en Panamá, cuando Méndez Pereira afirma el “afán de salir a alguna parte”, porque, efectivamente, observa que la validez del espacio nacional se

⁷ Peter Szok ya ha hecho referencia a esta relación “between foreign education and nationalism” y afirma, en base a Ricardo Miró, que es con su poema *Patria* el poeta del Estado nacional panameño, lo siguiente: “As Miró wandered Las Ramblas, composing his patriotic verse, dozen of panamanians pursued their education in Europe, South America, and in the universities of the United States. A common element of this experience was the criticism these men faced abroad. Foreigners were sceptical of Panama.” (150).

relativiza al estar sometido al permanente intercambio, no solo de mercancías y bienes, sino también de gente.

La autarquía del espacio geográfico, con la que soñaba Méndez Pereira, y que era compartida tanto por algunos liberales como por marxistas, es el lugar común de representación que intenta implantar un espacio geográfico como representación de lo nacional, lejos de la zona de tránsito y su transitismo. Para comprender el alcance del giro de Méndez Pereira hay que recurrir a otro ensayista, intelectual y escritor como Guillermo Andreve que, dentro de la ciudad letrada panameña, también había sido una figura clave en diferentes posiciones gubernamentales y que en 1925 –como los Arosemena en el siglo XIX y otros intelectuales e escritores como Eusebio A. Morales, Diógenes de la Rosa y el mismo Méndez Pereira– sabía muy bien que el Ferrocarril y el Canal de Panamá no iba a resolver todos los problemas del país. Ni los mismos comerciantes del siglo XIX, entre ellos el más notable Mariano Arosemena, por ser además, escritor y político, habíase creado ciegas ilusiones al respecto. Efectivamente, Guillermo Andreve en su ensayo *¿Cómo atraer el turismo en Panamá?* sabía más por necesidad que por el prurito de no ser eurocéntrico, que el modelo tradicional de progreso, típico de una sociedad industrial, no tenía futuro en Panamá:

Para todos los países, pero en especial para aquéllos que aun no tiene resuelto con la agricultura o la industria el problema de su economía nacional sino que viven ante todo del comercio, o que por sus bellezas naturales o su exotismo llaman la atención, el turismo es una fuente bienhechora de recursos. Las estadísticas de diversos países así lo demuestran y los hombres de negocios y los gobiernos así lo comprenden, como lo prueban los mil y un recursos de que se valen para atraer los turistas. De todos estos países, el hasta hoy preferido ha sido Suiza; después Italia. Durante los años en que la moneda de los estados centrales estuvo despreciada, Alemania, Austria, y Hungría se vieron invadidas por el turismo. París es un gran centro de atracción de turistas, como lo es también la Costa Azul. Los países escandinavos en el norte de Europa; Andalucía, Portugal y y Grecia en el sur; el Hawai en el océano Pacífico; Cuba y las Bermudas en la América, son también lugares preferidos por el turismo. Panamá ha comenzado a ser visitado por los turistas [...]. (7).

Lo interesante de esta cita, más que la promoción del turismo en sí, es la negociación que Andreve lleva a cabo con los modelos tradicionales de modernidad económica, el desplazamiento que realiza, para hacer atractiva, dentro las circunstancias neocoloniales panameñas, una salida a aquellos que se oponen a realizar este giro con respecto al modelo clásico. Es decir, a partir de este texto de Andreve es reconocible que el espíritu del ensayo (escrito en la década del cuarenta) de Méndez Pereira latía, lenta y silenciosamente, en los años veinte y treinta, un latido que es posible rastrear hasta en el mismo Belisario Porras cuando constata en nombre del interior de la República que solo Colón y Panamá, las ciudades terminales, han sacado provecho de la Zona del Canal (Sisnett). Pero, además, aparte de esta negociación, Andreve reconoce el circuito de circulación, los puntos de una red, económica y cultural, que es transnacional.

A Guillermo Andreve, el letrado liberal panameño, orientado por el sentimiento práctico de la vida, que también fue miembro fundador de la Academia Panameña de la Lengua, el turismo le ofrece la oportunidad de observar los cambios socioculturales que se ponen en marcha en el mundo transoceánico, que pone en vinculación los mares del planeta y que transforma el espacio geográfico “nacional”, según Ana María Porras, en una “cultura de la interoceanidad”⁸. La modernidad en movimiento que él logra asumir es la comprensión de que la “temporalidad” está cruzada por la “espacialidad”, determinando su ritmo y su extensión.⁹ Andreve traza un mapa “virtual” donde está diseñada esta relación temporalidad/espacialidad y construye, dentro de las relaciones dadas, un mapa donde la temporalidad está cuantificada en un marco concreto de un espacio de representación transnacional. Refiriéndose a Cuba, como competidor que tiene ventajas con respecto a esta espacialidad, dice:

⁸ Con este concepto la autora quiere llamar la atención sobre los procesos de internacionalización de gente y bienes que se realizan en Panamá.

⁹ Es en este sentido que Carlos Rincón en *La no simultaneidad de lo simultáneo* llama la atención sobre este fenómeno de la “fascinación por el mapa en que se encuentra la caída de la temporalidad en la espacialidad que arrastra a las formas consagradas de la conciencia histórica. La modernidad deja de verse como destrucción y substitución de tradiciones, se torna en una compleja reorganización de las relaciones temporales y espaciales.” (Citado por Sieber 41).

En Panamá el problema requiere más cuidado que en Cuba, por dos razones principales: La primera es que estamos a cinco días de Nueva Orleans y ocho de Nueva York (de acuerdo con los itinerarios de los vapores), mientras que de Nueva Orleans a la Habana sólo son dos días [...] (*Cómo* 17).

Ubicarse en este espacio transatlántico implicaba para Andreve asumir el llamado transitismo en Panamá, un espacio de representación económica y cultural, en la que advierte como la información cruza, es traducida y adaptada a diversos espacios geográficos y, como una “persona residente en París”, es contemporánea de las ofertas veraniegas para llevar por una temporada una “vida sin etiqueta” (*Cómo* 165 y 166). A través del turismo los espacios son intercambiables, reorganizados en un circuito económico, cuyo éxito en el mercado dependerá de las ofertas traducidas a un público de “las grandes ciudades” (166) y “a la vez podrían publicarse de tiempo en tiempo avisos llamativos en periódicos de Cuba, Jamaica, Venezuela, Colombia, Nicaragua, Salvador, Guatemala, Ecuador y Perú y quizás hasta en algunos lugares de Nueva York y Nueva Orleans” (167).

En esta posición descentrada, el circuito de promoción turística, al contrario de una visión dualista, unidireccional, era múltiple y desterritorializador de los espacios geográficos nacionales al descubrir la red de atracción y movimientos de clientes, con gustos e inclinaciones diferentes, que podrían ser atraídos solo si se ofrecían puntos turísticos que respondieran a esa “hibridez” del turista moderno: la playa y la montaña, la regiones altas y bajas, el casino y la cultura que, en este caso, serían “las Ruinas de Panamá la Vieja” (Andreve, *Cómo* 22). En esta hibridez, que responde al gusto del turista moderno, Andreve realiza un tercer espacio, un *in between*, como diría Homi. K. Bhabha, al referirse a este sujeto moderno que erosiona las fronteras nacionales: “el turista generalmente quiere divertirse, pero quiere instruirse también. Buenos guías pueden ayudarlo en este deseo” (Andreve, *Cómo* 27). Además, realiza un desplazamiento geográfico que le quita a la Ciudad de Panamá su carácter de centro y otras regiones e islas comienzan a ocupar un lugar de importancia. A pesar, sin embargo, de que la Ciudad de Panamá debe mantener su preeminencia

con una “Semana de Carnaval”, asume que la única manera de ser “competitivo” es dislocar el espacio de representación nacional por un espacio múltiple, descentralizado y conectado.

Con Andreve, por el sentimiento práctico de la vida, Panamá posee un intelectual que hace una lectura lúcida de la modernidad en movimiento, captura las transformaciones de la red, dentro de las circunstancias de ese llamado transitismo posfundacional de un Estado nacional mediatizado. Y a través de la lectura del turista –de su circulación– es posible deducir su manera de captar el movimiento transatlántico y transregional. El interés, efectivamente, era cómo hacer que ese turista desembarcara en Panamá y no sólo pasara por el Canal, de costa a costa, sin que la población tuviera nada de esta circulación. En fin, es la misma pregunta que se había hecho Mariano Arosemena en el siglo XIX, antes de la construcción del Canal Interoceánico, no con respecto al turista, pues para éste era una figura prácticamente desconocida, pero sí con respecto a la descentralización de la red– en la que ya no dominaba España, sino que habían entrado otros actores como los ingleses, los franceses y, potencialmente, los norteamericanos –y la distribución de las posibilidades de hacer negocios con la vía interoceánica.

Es a partir de la lectura de Andreve que es posible calibrar el giro de Octavio Méndez Pereira en 1940 con su ensayo “Panamá: país y nación de tránsito”. Sin embargo, la carga ideológica y, sobre todo, moral, con que conlleva la situación de tránsito, no le era tampoco extraña a Andreve.¹⁰ Aquí lo vemos negociar con la moral o, exactamente, con la mojigatería nacional, compartida por los intelectuales que habían asociado el tránsito a la inmoralidad y al turismo como Méndez Pereira, a la prostitución (Joaquín Beleño) y a la sífilis (Rogelio Sinán), para dar tres ejemplos relevantes. Efectivamente, como plantea Susan Sontag, con respecto al recurso metafórico a las enfermedades venéreas por parte de las ideologías reaccionarias y

¹⁰ Con respecto a los juegos de casinos, escribe: “[...] si llegaran a establecerse los juegos de que mucho se habla en estos días, vendrían a ser la fuente mayor de entradas y la mayor atracción para el turismo. Pero con el fin de que no perjudiquen al país en vez de beneficiarlo, debería disponerse que sólo se jugara en sitios determinados, en ciertas épocas y ciertos juegos. Nada de **chances**; loterías ni charadas chinas, bolos, pinta ni **égalité**. Debe jugarse solamente en los casinos que se establezcan y, cosa primordial, debe ser absolutamente prohibida la entrada a las salas de juego a los nacionales que no sean empleados de la empresa o vigilantes, con la prohibición para éstos también, bajo fuertes penas, de jugar. Si permitimos que jueguen nuestros paisanos preveo muchas desgracias y sucesos lamentables, que no preciso detallar porque todos podemos suponerlos y que un gobierno previsor debe evitar.” (*Cómo* 23).

conservadoras, el transitismo en Panamá fue concebido como un cuerpo extraño a la geografía de la nación, un *alien* que se había tomado la Ciudad de Panamá y Colón, desprendiéndola del cuerpo original, sano e hispano de la nación, una desviación de lo que hace realmente a una nación, con una industria y su clase industrial, con su sacrosanto, familiar, endogámico y protegido mercado nacional.

Los extranjeros/la ciudad/la Zona del Canal no es la “santa”, sino la “maldita” trinidad que le da contenido a la Zona de Tránsito, al transitismo; resumen de una inconclusa geografía nacional que, por un lado, levanta el mito de Panamá como Puente del Mundo para marcar su cosmopolitismo, como una tarjeta postal, pero, por otra parte, no llega a integrar dentro de esa misma geografía nacional de la representación, cuidadosamente diseñada por los que sufren y denuncian el estatus neocolonial de una ocupación, a todos aquellos que hablan precisamente por ese llamado cosmopolitismo: a los judíos comerciantes del Caribe, a los chinos tenderos y a los trabajadores antillanos.¹¹

La tierra es lo contrario del transitismo, es el espacio mítico que se opone a todo lo que está de paso, porque el transitismo no sólo está desprendido de la tierra, sino que además está al servicio de los otros y, en este sentido, la teoría de la dependencia, que sólo pudo formularse en un mundo que era propio de la Guerra Fría, con sus bipolaridades, sus centros y sus periferias, sus dominantes y dominados, reforzó este sustancialismo al ver el comercio –propio de la Zona de Tránsito– “para favorecer las comunicaciones ultramarinas a través de su territorio” (Castillero Calvo 18). En efecto, se utiliza la preposición “a través” y no, por ejemplo, “en”, y con ello, entonces, el espacio de la “Zona de Tránsito” se metaforiza como un lugar de paso.

¹¹ En la novela *Puente del Mundo* (1951), de Renato Ozores, hay una representación de este mito cosmopolita. Después del drama familiar en el que se ve, por un lado, a un joven borracho inglés con crisis de identidad por tener origen hispano y, por otro lado, una benevolencia patriarcal-racista con el único negro que aparece en esa novela, se termina reivindicando lo contrario: “Puente del mundo ... Eso es mentira ... Lo será para los que vienen, y se van, un día después, o un año ... o veinte años ... Pero no para nosotros. Para nosotros, no es eso ... No lo ha sido nunca ... ni lo será ... Un puente es un lugar de paso ... el que llega a él solo piensa en la salida ... como quizá hayas pensado tú, Ana María ... o Archie ... no sé ... Es malo que haya panameños que puedan pensar eso ... Si los hay ... quizás no se han dado cuenta de que ... No, Ana María ... Aquí hay gente ... pasajeros, sin respeto alguno por ... nada. Pueden hacer lo que quieran. Nosotros, no ... Para nosotros, para los panameños ... para los que aquí nacimos ... para los que queden ... no es puente ... es la tierra ... es la vida.” (358).

La experiencia transnacional

Hoy en día se hace imprescindible una revisión de la literatura panameña, en particular, y de las representaciones culturales, en general, bajo la luz de *la experiencia transnacional* que, según la entiendo aquí, es la transformación discursiva del corsé romántico (lenguaje, etnia, religión) por la apertura a los cruces, a las intersecciones y a los espacios abiertos que erosionan las fronteras nacionales.¹² La nación o, mejor dicho, la nación romántica no puede seguir siendo el parámetro de medida de lo que debe ser la literatura nacional. Es así que por la dialéctica de negación de la nación romántica no habría posibilidad de construir un discurso legítimo de representación, porque cometería el mismo error de la nación romántica: la construcción por exclusión. Solo aceptando que hay que volver a unir lo separado por la nación romántica, es decir, reconociendo los cruces y las intersecciones, la multiplicidad y la diversidad, y lo conflictivo, es posible encontrar un camino que arroje luces dentro del túnel oscuro de la representación romántica de la nación en los albores de un nuevo milenio. Es una revisión, además, que exige la crítica y la reflexión sobre el propio procedimiento discursivo, reconociendo los límites y las estrategias a realizar para lograr la intersección de una modernidad que separó experiencias sin hacerlas reconocer como transnacionales, es decir, como experiencias que erosionaban las barreras impuestas por la discursividad romántica.

Por motivos históricos ha sido dicho en repetidas oportunidades que existe, desde la colonia, un carácter cultural en el panameño que lo hace diferente. En lo que respecta a la lengua y a la literatura, tal diferencia “panameña”, sin embargo, en el principio no alcanzó más que esos indicadores históricos, porque la conexión lingüística común entre la lengua castellana y la escritura, favoreció, por mucho tiempo, estrechos vínculos de subordinación a las tendencias y a los géneros literarios hispánicos que, en última instancia, son universales. Lo mismo sucedió en

¹² Alfredo Figueroa Navarro nos sugiere la realización de este problema al reconocer, en relación con tanto para las *Noches de Babel* (1913) y *Flor de María* (1922) de Ricardo Miró, que su producción novelística fue olvidada “porque sólo se rescata para la posteridad al buen poeta del terruño que diera su nombre a nuestro mayor premio literario” (“Prólogo” *Las Noches* 9).

el resto de América. Pero, desde hace más de un siglo, los poetas y escritores de este lado del Atlántico hicieron suyo el sistema total, incluido lo vital y lo artístico, y, aquí, la que fuera la lengua del imperio es ahora la lengua del Estado Panameño, y la literatura panameña hoy se escribe en castellano. (Ver Vásquez 296).

La experiencia transnacional debería ayudarnos a movernos en un terreno desconocido que no esté definido por la nación romántica. Convertir el lenguaje, en este caso, el castellano, y “una literatura enfrentada a la Colonia”, ya sea “española o norteamericana” (Serrano Guerra 71), en los elementos para definir la literatura panameña, podría alejarnos de esta revisión necesaria de los patrones dominantes de lo literario. Me parece que una de las cosas que caracteriza a Panamá, tanto a la ciudades de Panamá como a Colón, es la experiencia de la transnacionalidad, por su propia condición de país ubicado en el circuito de intercambio de gente, espacios y bienes, es decir de la modernidad en movimiento.¹³ Es una experiencia que personalmente viví en la Ciudad de Panamá, al realizar un día con sorpresa y asombro que no vivía en el Caribe, pero sí en la costa del Pacífico, una ciudad marcada por la inmigración caribeña de barbadienses, jamaicanos, chinos, judíos, italianos, etc, por el entrecruzamiento de “lenguas” y “dialectos”, en un espacio relativamente pequeño, transnacional, comercial. Es, en esta lectura de la modernidad en movimiento, que transforma los medios de vida, que experimenté la transnacionalidad que desborda las fronteras nacionales y que me hizo reconocer la multiplicidad, lo contradictorio, lo conflictivo y lo paradójico de la inmigración por las ciudades por donde el Caribe transforma y se ha transformado, tanto en Panamá, como en Europa y los Estados Unidos. No hay que olvidar, efectivamente, que la primera inmigración masiva de caribeños se realiza en el marco de la construcción del ferrocarril y del Canal de Panamá: es la primera oleada que transforma las playas, el paisaje y las ciudades a las que le tocó llegar.

¹³ El concepto de modernidad en movimiento se deriva de la idea del sociólogo Georg Simmel sobre la modernidad: “la esencia de la modernidad como tal es el psicologismo, la experiencia y la interpretación del mundo en términos de reacciones de nuestra vida interior, y por tanto como un mundo interior, la disolución de contenidos fijados en el elemento fluido del alma, de la cual todo lo que es sustantivo está filtrado y cuyas formas son meramente formas de movimiento” (citado por Frisby 51).

El Caribe, al contrario de lo que muchos se imaginan, es un fenómeno de ciudad: la inmigración. Las ciudades de Panamá y Colón, de New York, Londres, Amsterdam, París, etc. No se trata de analizar el Caribe en sí, pero sí de comprender que la inmigración del Caribe, como fenómeno regional, estuvo conectada con la transnacionalidad del mundo del Atlántico y del Pacífico, del sur y del norte; y Panamá, por su posición geográfica en el continente fue clave como parte de este fenómeno que transforma y transformó las condiciones de vida. El proceso de modernización que está conectado con la inmigración del Caribe implicó la ruptura, el choque, la integración de un circuito, de una red, de una comunicación transnacional modernizadora que no puede comprenderse con el esquema industrializador de creación de un mercado nacional, pues, además, la idea de nación de Panamá, a partir de la geografía, caracterizada por sus particularidades, fue tempranamente erosionada por este movimiento nervioso, plural y contradictorio de la modernidad transnacional que encerraba en sí mismo la utopía liberal de la modernidad.¹⁴

El caso de Panamá muestra que la modernización económica tiene varios rostros, una modernización que no solo implicó la inmigración de trabajadores, sino que también fue la atracción de comerciantes jamaicanos, franceses, chinos, norteamericanos, ingleses, españoles, judíos-sefarditas de Curaçao, etc.¹⁵ y que resultó en una transnacionalidad no sólo económica, sino también de biografías personales, historias familiares y destinos cruzados. El comercio, en

¹⁴ En este aspecto, el médico norteamericano Chauncey D. Griswold, quien escribe un texto sobre sus impresiones de Panamá, justo antes y después de haberse construido el ferrocarril en 1855, diseña este ideal del *Zeitgeist* utópico – céntrico y monocorde– de la modernidad en movimiento: “[...] uno de los grandes resultados que se derivan de introducir la comunicación por vapores entre diferentes países, *aunque no se vea enseguida*, es el de echar abajo las barreras que existen entre las naciones, familiarizar los hábitos y costumbres de las unas con las otras, difundir la sabiduría y conocimientos de la mecánica y de la agricultura, las artes y las ciencias. En este aspecto, desde hace unos años el mundo experimenta un gran cambio y en el futuro, podremos adelantar con justicia el día, ese buen día, cuando las distintas naciones de la tierra se hayan mezclado tanto unas con otras, que no se considere a nadie como extranjero, sin hábitos y costumbres peculiares que las diferencien, y cuando no se alcen más las barreras de la intolerancia religiosa y supersticiones contra el verdadero progreso; cuando la gran verdad religiosa impere en todas partes y así, el que haya establecido una línea de vapores entre dos países distantes, se sentirá casi como el más afortunado de los misioneros.” (88; énfasis mío, L.P.R.).

¹⁵ Es así que Figueroa Navarro afirma: “Otro rasgo pronunciadísimo, como tendremos la oportunidad de ver, dice de la relación con la preeminencia de los extranjeros en el seno de la gran burguesía finisecular de la zona de tránsito. En verdad, los sectores autóctonos figuran casi siempre como segundones en los negocios con respecto del predominio aplastante de los burgueses internacionales.” (“El departamento” 95).

Panamá, con sus altas y sus bajas, fue el punto de su modernidad y ha convertido hoy a la ciudad de Panamá en una ciudad transnacional con el Canal, los bancos, las aseguradoras, la Zona Libre de Colón, los buffets de abogados con oficinas repartidas por todo el mundo, las inmobiliarias, el turismo, y todo el sector servicios con perfil informal.¹⁶ No comprender esto es aproximarse al pasado y presente de Panamá, con sus procesos culturales y literarios, con una mirada que, efectivamente, no encontrará lo que se está buscando, un modelo clásico económico, político, cultural. Sin embargo, como señala Figueroa Navarro, esta transnacionalidad tenía un lado paradójico, que él traduce como cosmopolitismo, y que no evitó “que el ambiente pueblerino que aún privaba en Panamá, pese al cosmopolitismo, hubiere condenado, en 1922, el lanzamiento de la casta novela de Ricardo Miró, titulada *Flor de María*, definiéndola como 'inmoral'” (“Prólogo” *Escenas* 119).

Este “ambiente pueblerino” que fue el sustento de la nación romántica, encuentra, sin embargo, como representación un cierto cosmopolitismo afrancesado que puede verse en las novelas de Ricardo Miró y de Demetrio Korsi, novelas fundacionales del cosmopolitismo panameño que nacen de la afirmación/negación de la experiencia transnacional y que, sin duda alguna, llegaron a captar –dentro de la geografía neocolonial– la “filosofía del dinero” de una modernidad en movimiento que, como planteara el sociólogo Georg Simmel, se caracteriza no por la producción sino por el intercambio que crea una red más allá del empírico mundo de lo individual, fragmentario y contradictorio.¹⁷ Pero la condición de este cosmopolitismo panameño fue, por un lado, no reconocer la historicidad fracturada de la transnacionalidad en Panamá, por

¹⁶ Pero esta afirmación tiene su lado opuesto o, mejor dicho, años de un obtuso y estrecho nacionalismo cultural de más de cinco décadas, el cual –vinculado con muy poca inversión– se ha encargado, por ejemplo, de no profundizar y diversificar la enseñanza del inglés en el sistema educativo público panameño, un sistema que vive muy lejos del endemoniado “transitismo”. Hoy día, miles de jóvenes no pueden competir en el mercado transnacional de trabajo. En un país como Panamá, que además tuvo una inmigración antillana de no poca consideración, esto es realmente un escándalo. Pero, por otra parte, quienes pueden pagárselo, estudian inglés y también chino, que es la segunda lengua extranjera de importancia en Panamá.

¹⁷ Esa modernidad en movimiento aparece desde la primera página de ambas novelas cuando construyen la agitación de la vida y los estados psicológicos diversos. Otro elemento muy simbólico de esa modernidad en movimiento es que en ambos textos aparece la Avenida Central, calle de comercio del centro de la ciudad de Panamá, donde la gente intercambia mercancías, gestos y símbolos, y es el punto de encuentro de comerciantes, nacionalidades y destinos.

ejemplo, cuando Frauke Gewecke –refiriéndose a Ricardo Miró– llama la atención sobre el hecho de que “tal vez el autor, al imaginar el paisaje citadino de la Ciudad de Panamá (donde no aparece en absoluto la Zona del Canal), haya pensado en el modelo de París, en aquel momento histórico la 'Babilonia' moderna y cosmopolita por excelencia” (174).¹⁸ Lo mismo, además, podría decirse de la novela de Korsi, donde la Zona del Canal no aparece en la geografía de la representación. En otras palabras, “el enfrentamiento con la colonia” no puede ser un criterio para definir la literatura panameña, pues ambas novelas recrean espacios geográficos “nacionales”, interesadas más bien en mostrar la decadencia y la corruptibilidad de sus clases dirigentes, el oportunismo y la desidia moral de unos personajes que giran alrededor de unas heroínas tropicalmente afrancesadas.¹⁹ Lo cierto es que esa geografía de lo transnacional, que se comprime en la Ciudad de Panamá, está sujeta al movimiento, donde las fronteras entre los barrios se cruzan y erosionan por unos personajes que viajan en automóvil en ambas novelas y, paradójicamente, las fronteras de clases se deshacen y vuelven a restablecerse cuando los personajes deciden y sucumben a la vez en sus intentos de mejorar su posición social y enriquecerse.

La tesis que aquí planteo es que el cosmopolitismo fundacional en Panamá se levantó a costa de ignorar o denotar románticamente el espacio fragmentado de representación de la experiencia transnacional, no solo con respecto a la Zona del Canal, sino también con respecto a los barrios de la Ciudad de Panamá conocidos como de los inmigrantes, Calidonia y el Chorrillo, sin olvidar a la ciudad de Colón. Sin embargo, esta afirmación no se plantea de la misma forma en Miró y en Korsi, ni tampoco en *Canal Zone* (1935) del ecuatoriano Aguilera Malta o en

¹⁸ Pero sí aparece el gobernador de la Zona del Canal, Mister Thacher (sic), quien cede incluso su coche para la fiesta del carnaval y se muestra un ambiente de absoluta armonía, cuando uno de los personajes dice: “Debo confesarles que estoy muy sorprendido. He ido por todas partes y he visto muchos carnavales, pero jamás vi una armonía tan perfecta entre el gobierno, la aristocracia y el pueblo.” (Miró, *Noches* 24).

¹⁹ Si se siguiera el criterio de “enfrentamiento contra la colonia”, ya sea “española o norteamericana”, saldría del marco de lo que podría ser la llamado “literatura nacional” el mismo Darío Herrera que, dentro del modernismo hispanoamericano, fue una figura que llegó a conectarse con la experiencia transnacional con sus viajes y su larga residencia en el extranjero, y que veía en la construcción del Canal, como el siguiente poema lo demostrará, una parte de ese proyecto general, liberal y utópico, en el que no se plantea ninguna lucha contra España o los Estados Unidos: “Cesó el divorcio. América y España / Con nuevas nupcias [...] Hoy Panamá con el Canal acrece / El progreso del mundo, a quien ofrece / Toda la magnitud de su océano .” (97).

Tropic Death (1926) del escritor barbadiense-panameño de origen guyanés Eric Walrond,²⁰ quien es el único que se sumerge en el mundo fragmentado de la inmigración en Panamá o, mejor dicho, es el que desde los márgenes de una inmigración que no ha sido integrada en el espacio nacional de representación, le confiere una voz a esta fragmentación de la modernidad en movimiento, porque partiendo de la obra de este último es posible diseñar la geografía de la representación usurpadora y central, que aquí se entiende como una no representación de lo fragmentario o de una representación sólo para imponerle sus signos. Pero a diferencia de los escritos de Eric Walrond –que trataremos más adelante– los textos que son considerados como parte del canon nacional romántico, ya sea porque fueron escritos en castellano o por nacionales, permanecieron extraños a la modernidad fragmentada y transnacional de la Ciudad de Panamá y Colón. Esta última afirmación la podemos demostrar a partir de las obras de Miró y Korsi, Aguilera Malta, y José Isaac Fábrega (*Crisol* [1936]). El lenguaje, los signos, la representación que construyeron no lograron captar el espacio fragmentado y cruzado desde adentro. es decir, su imposibilidad de hacerlo se debe a que les faltaba el instrumental necesario para realizarlo, ya sea cultural, biográfico o lingüístico, aparte de las ideologías culturales que acuerpaban, como el romanticismo nacional. En Miró, en las *Noches de Babel*, que puede ser la primera obra en Panamá que reconoce esta fragmentación transnacional que se opera en el conocido espacio nacional, encontramos una pequeña cita que nos sugiere esta fragmentación, pero no deja de ser tímida, casi silenciosa:

Ella pensaba en cosas lejanas, mientras el coche subía el Puente de Calidonia. La ciudad estaba adormeciéndose ya en los *barrios extremos* y en la explanada de la estación sólo en el Hotel Internacional se oía música y se escuchaban carcajadas y animación. (34; énfasis mío, L.P.R.).

²⁰ Eric Walrond nació en 1898 en Georgetown, Guyana Británica, hoy conocida como Guyana. Con sus padres emigró a Barbados en 1906. Por la construcción del Canal su padre fue a Panamá y en 1911 su madre, por querer nuevamente juntar a la familia, emigró con su hijo a la Ciudad de Colón. En Panamá, Walrond aprendió el español, fue a la escuela pública y privada, recibió educación de tutores, y trabajó como periodista en el importante periódico *The Panama Star and Herald*. En 1918 partió hacia New York y perteneció al movimiento del *Harlem Renaissance*, donde se relacionó entre otros con el activista Marcus Garvey, quien también había trabajado en las obras del Canal. En una nota bibliográfica, incluida en su cuento “Godless City”, Walrond dijo: “I am spiritually a native of Panama. I owe the sincerest king of allegiance of it” (*Winds* 13).

El Puente de Calidonia, que pertenece a la tradicional geografía nacional de representación por ser símbolo de la Guerra de los Mil Días, entre liberales y conservadores, que abarcó a toda la Nueva Granada, posee un nombre propio, un lugar en el espacio que nos abre la posibilidad de preguntar dónde y por quiénes están ocupados aquellos “barrios extremos”.

Si bien para 1913, año en que Miró publica la novela por entregas en el *Diario Nacional*, los trabajadores antillanos de la Zona del Canal no habían sido obligados a abandonarla, es cierto que ya existía Calidonia, que en inglés es Caledonia, para referirse a Escocia, y que posiblemente fue fonéticamente transformada al español, barrio donde se habían establecido los inmigrantes, particularmente, los negros caribeños barbadienses, desde la segunda mitad del siglo XIX. Especialmente a partir de 1914, con la finalización de la construcción del Canal, los antillanos son obligados a abandonar la Zona (Westerman) y las viviendas de inquilinato de madera comienzan a proliferar en el Chorrillo y Calidonia –Guachapalí y Marañón– (Gutiérrez). En Miró estos deben ser los “barrios extremos”, que no sólo denotan una representación geográfica, sino también cultural, clasista, étnica. Al contrario, el nuevo barrio residencial, donde viven los acomodados de una sociedad que experimenta un auge por la construcción del Canal, se conoce y es nombrado como Bella Vista, aunque geográficamente está un poco más allá de los “barrios extremos”. Aquí entra la cosmogonía cosmopolita del autor, un cosmopolitismo tropicalmente afrancesado con trazos nostálgicos, como elemento distintivo de una modernidad en movimiento que quiere encontrar en el estilo un signo distintivo de una sociedad patriarcal y clasista que se permitía incluso una “servidumbre”, aunque fuese poco numerosa: “el chalet donde vivía don Francisco de Sandoval con su bellísima esposa era un precioso palacete situado en el Malecón del aristocrático barrio de Bella Vista, que viene a ser en Panamá, lo que la Coronice en Marseille y el Vedado en la Habana” (66).

Los textos de Miró y Korsi son similares, a pesar de tener dramas diferentes, por este espíritu cosmopolita. Y a diferencia de Miró –aunque también describe la casa afrancesada de su heroína del Barrio de Bella Vista– Korsi “entra” en el mundo de los “barrios extremos”, intento

que ya había realizado tres años antes el ecuatoriano Aguilera Malta.²¹ Es posible que ambos intentos hayan sido la primera representación literaria de esa modernidad fragmentada en Panamá, de un mundo que escapa a la representación romántica del espacio nacional, pero es invadido con sus signos, por una especie de nacionalización neocolonial, amulatada y criolla de símbolos como la “pollera” (Korsi 128), acorde con la representación oficial folklorista de un país, donde cada “etnia” y “nación” se disfraza con su uniforme distintivo. Y en medio del Marañón, Korsi pone en escena el desarrollo de una idea cursi y sexista de la nación que se levanta sobre la negación/afirmación del espacio transnacional fragmentado:

Bailaba en ese instante una cocinera del Mercado, un tipo de negra pequeña y rechoncha, de abultadas posaderas que le temblaban cómicamente cada vez que daba un paso; avanzaba la mujer, con cinismo, los macizos y atarugados senos, como ofreciéndolos en carnal rito. Su compañero, un joven interiorano, rubio y guapo, era de estatura gigantesca, aunque no muy fornido. [...] No obstante la disparidad de los bailadores, lo hacían tan bien que el público estaba suspendido de los menores detalles, aprendiendo en aquella escuela de la danza natural. Se habían encontrado dos maestros y se parangonaban dos estilos. Nunca se había bailado un tamborito más caliente, ni más verdadero. Aquello era bailar. (130).

Este es el Marañón de Korsi, es decir, lo que debe ser la nación romántica. Aquí comienza y termina el espacio geográfico representado y marcado por la inmigración transnacional, un espacio que, ni con Joaquín Beleño, conocido como uno de los iniciadores de la novela de la Zona del Canal (Gewecke 180), logra representar sin ir más allá de decir que es un “barrio proletario” –refiriéndose al Chorrillo– con todas las características que le son propias y el conflicto entre “chombos” y campesinos “canutos”, que no pasa de unas cuantas insultadas y lugares comunes (Beleño, *Luna* 26). Y en José Isaac Fábrega, Calidonia fue el “barrio de los

²¹ En la descripción de Calidonia y del Chorrillo que se hace en *Canal Zone* hay una exposición feista y descarnada de los negros antillanos, que a menudo raya en el folklorismo sexista, cultural y racista, donde los negros, originarios de la selva o de regiones lejanas, están predestinados a ser perdedores. En *Canal Zone*, la ciudad es designada como “Ciudad-puente” y, finalmente, en una narración que está marcada por el realismo social, los *chombos* –que es un término despectivo para designar a los negros antillanos en Panamá– se hermanan con los *blancos* en el parque de Santa Ana, símbolo de la nacionalidad panameña.

negros en la capital de la República, fue Kingston, pequeño, instalado en el Istmo; fue Abisinia diminuta, fue Liberia, fue la ciudad de Monrovia, con todas sus oscuridades y su eterno vocerío” (32). No es necesario ser partidario de la “political correctness” para reconocer en este último el racismo más descarnado en cuanto a la representación de Calidonia –escandalosa y negra, donde “una jamaicana gorda, de pechos enormes, caricatura de una vaca suiza, devoraba, sentada en un taburete, una rebanada de sandía” (34). Y para rematar el carácter de extranjería del barrio, que ya pertenecía a la geografía de la Ciudad de Panamá desde hacía casi un siglo, el narrador en tercera persona descubre a un sastre que en medio de los olores que despedían los trozos de pescado, colgaba en la pared, “con uniforme y medallas honoríficas, una fotografía en colores del Rey Jorge Quinto de Inglaterra” (35).

La llamada literatura nacional no logra representar la transnacionalidad que plantean las ciudades de Colón y Panamá, aunque es con Joaquín Beleño –entre el edificio de denuncias del estatus neocolonial y de la presencia de la Zona del Canal– que se pone atención, como afirmara Ismael García, en la “jerga popular, con aprovechamiento del inglés por los descendientes de jamaicanos” (174). A esta frase, además, hay que ponerle atención, porque Ismael García habla de los “descendientes de jamaicanos”, dejando abierta la posibilidad de pensar que éstos son considerados como nacionales.²² Pero Ramón H. Jurado, impulsor del ruralismo en Panamá en los años cuarenta, es quien lanza una panorámica de representación de ambas ciudades que proyecta el quiebre de una modernidad transnacional, democrática y plural:

Sin embargo, no puede olvidarse que hace dieciséis años fue inaugurado el Canal. Ya no prevalece el ruido de la tenaz de las dragas, de los camiones. En cambio, los alrededores de la ciudad están *atestados de batallones escandalosos de negros jamaicanos* y las goteras mismas de la ciudad así como los terminales del Canal, Panamá y Colón, son vastos campamentos de barracones en donde se hacina la mano de obra que consume la zona. (1953: 44; énfasis mío, L.P.R.).

²² Aquí, sin embargo, es necesario comentar que para el panameño, si alguien es medio o todo negro, no importa si ha nacido en el Caribe, en Rusia, o en los Estados Unidos, es jamaicano.

No obstante, a pesar de que los inmigrantes –con sus hijos nacidos en Panamá– impregnaban el paisaje urbano y popular, y de que había profesores, intelectuales, artistas y deportistas de origen antillano, esto no borraba el punto de que “el aspecto que más se destaca de la realidad social panameña en la narrativa es el hecho de que el negro es un elemento marginal en la sociedad panameña” (Wilson 148). Esta observación crítica de Carlos Guillermo Wilson se extiende incluso a escritores que, dentro de la ciudad letrada, están consagrados como representantes contemporáneos de la nacionalidad:

En algunos cuentos de Rogelio Sinán y Pedro Rivera se presentan personajes negros. Las situaciones que estos escritores tratan son curiosas. *Los personajes racistas son foráneos*. En gran parte no se presenta la realidad panameña en cuanto a las injusticias que sufre el panameño negro. (158; énfasis mío, L.P.R.).

Es en este sentido que el “cosmopolitismo”, tarjeta postal de presentación de Panamá, algunas veces sólo funciona cuando se trata de uniformar a las “etnias” con sus pintorescos disfraces. Para la mirada interior, la aceptación de esa transnacionalidad, que no es representada únicamente por el negro de origen antillano, aunque éste es quien la ha marcado más con su presencia, especialmente, en las ciudades de Panamá y Colón, no ha sido parte de esa idea de nación romántica que se levanta en oposición a dicha transnacionalidad.²³ De hecho, valga la pena preguntarse sobre “las interioridades de la vida panameña” con los “detalles que no son frecuentes en nuestra narrativa” (Miró, “Carlos” 45 A), porque este es el espacio abierto que permitiría volver a analizar la transnacionalidad en Panamá reconociendo que la nación romántica no puede seguir siendo el corsé de representación literaria. Es decir, la literatura nacional no puede ser un espacio exento de la mirada crítica y reflexiva; no hay nacionalismo ni nacionalidad que deba ocultar el hecho de que precisamente la participación de Panamá en la modernidad en movimiento se debe precisamente a esa transnacionalidad. Por lo tanto, ¿el idioma

²³ Rodrigo Miró, poco antes de morir, escribió una reseña periodística sobre Carlos Guillermo Wilson, conocido como el Negro Cubena, en la que comenta: “A través de los cuentos y su novela Wilson revela excelentes dotes de observación y un auténtico interés por penetrar en las interioridades de la vida panameña con detalles que no son frecuentes en nuestra narrativa, salvo en el capítulo de la novela histórica.” (“Carlos” 45 A).

castellano debe seguir siendo la variable para definir la literatura nacional? ¿La lucha contra la colonia puede seguir siendo la otra variable? Si partimos de estas dos variables quedaremos con el hecho de que una literatura escrita en y sobre Panamá –en inglés– estaría excluida de la misma y, además, mucha producción literaria –que no se enfrenta con la colonia– estaría fuera del marco de representación de la llamada literatura nacional.

De hecho, la literatura panameña en inglés, para utilizar un recurso romántico, tiene a su “fundador”: Eric Walrond. Ciertamente podría considerársele si bien no el fundador de la novela canalera, sí un precursor de la misma, pero no para “fundar o aseverar la identidad nacional más allá de la independencia formal” (Grinberg Pla y Mackenbach 379), aunque sí con relación a la transnacionalidad que cruza y le da contenido a la novela canalera, dándole así a ésta un lugar en el espacio del Caribe, es decir, más allá de las frontera romántica del Estado nacional panameño. Escritor transnacional por experiencia, con estaciones en Guayana, en Panamá –que marcó su obra más importante, la colección de narraciones *Tropic Death*– en New York, en París y en Londres. Y a pesar de ser guayanés, barbadiense y panameño no lo encontramos en ningún catálogo de literatura nacional, como si la transnacionalidad, efectivamente, fuera un hijo bastardo en el mundo de los matrimonios románticos consagrados –monogámicos– de las ciudades letradas. Se le encuentra como un escritor del Caribe, vinculado más bien a movimientos transnacionales como el de Marcus Garvey, en particular, y al *Harlem Renaissance*, en general. Pero parece que es inclasificable en las “literaturas nacionales”. Sin embargo, es él quien nos revela –lo mismo que hiciera, por sus viajes y estudios, el transnacional Rogelio Sinán con su cuentística– interioridades de la vida panameña, detalles que hubieran pasado desapercibidos, porque en Panamá se considera que los negros antillanos, por un lado, fueron sumisos, adaptados, aclimatándose sin más al sistema económico de la Zona del Canal y, por otro lado, se olvida que, si un hubo un fenómeno transnacional en Panamá, entre otros, fue esa inmigración interregional que transformó los modos de vida en muchas direcciones. Y, paradójicamente, si se parte del criterio de definición de la literatura panameña a partir de su enfrentamiento con la colonia, ya sea española o norteamericana, es Eric Walrond uno de los

escritores que mejor representa el sistema zoneíta, con sus privilegios y exclusiones, pero que está muy lejos de la simple denuncia o la llana reivindicación de la etnia negra en el istmo, lo que puede verse en su narración “Subjection” (*Tropic Death*), donde se narra el crimen de un soldado norteamericano que dice a un irreverente joven negro trabajador: “I’ll show you goddam niggers how to talk back to a white man.” (100). Con este escritor, desde la marginalidad de una sociedad que había considerado a las ciudades de Panamá y de Colón sometidas al transitismo, al extranjero, a los poderes imperiales, hay una mirada interior de la inmigración caribeña, barbadiense, que estaba estigmatizada por la palabra “chombo”:

I remember as a small boy going to Panama. In Panama, where thousands of British West Indians had settled, I got my first taste of prejudice—prejudice on the grounds of my British nationality! The natives were a mongrelized race of Latins with a strong feeling of antipathy toward British Negroes. But their hatred of us, curiously enough, had been engendered by our love of England. Since the abortive efforts of the France in the '80's to dig the Panama Canal, emigrants from the British West Indies had settled in large numbers on the Isthmus. This, to the sensitive and explosive Latins, was regarded as a slight. It was interpreted as an affront to las costumbres del país. Reprisals took the shape of epithets such as *chombos negros* and occasional armed incursions into the West Indian colony. (*Winds* 279).

Después de leer esta cita cuesta pensar que Walrond hubiera escrito todavía que “I am spiritually a native of Panama. I owe the sincerest kind of allegiance to it”. Sin embargo, en la experiencia transnacional, donde las distancias geográficas pierden el carácter de ser particulares por la erosión de la modernidad en movimiento, Walrond experimenta el prejuicio contra los negros británicos en Haití, en la República Dominicana y en el mismo Harlem, New York. Pero es en Panamá donde sus narraciones dejan traslucir cómo el hecho de sentirse o ser negros británicos era el soporte de resistencia, individual y colectiva, tanto con respeto a la situación neocolonial de la Zona del Canal como contra la animosidad de los *Latins* con respecto a ellos. Pero una vez en Inglaterra, en medio del *British Empire* que según V.S. Naipaul en *Middle Passage* le había dado una identidad a los negros caribeños, no admitían abiertamente que

también eran objeto de discriminación, pero que interpretaban como una “bad form” de los ingleses (Walrond, *Winds* 281). Y precisamente Walrond, que no dejaba de hacer una reflexión crítica del propio entorno, plantea que “the absurdity of our position –and ostrich-like one– was not revealed to us until we began to travel [...]” (*Winds* 280).

La experiencia transnacional en Panamá que transformó sus ciudades terminales posee con Walrond un escritor e intelectual que le confiere voz a los antillanos quienes, paradójicamente, aunque son la mano de obra más importante en la construcción del Canal e impregnan la vida y el paisaje citadino por generaciones enteras, están prácticamente marginalizados y excluidos de la representación dominante criollo-hispanizada, centralista, cultural-romántica de la nación panameña que se había atrincherado cómodamente contra la tríada demoníaca: el transitismo-comercio/las ciudades terminales/los antillanos. En las narraciones de Walrond hay una exposición del “dialecto” barbadiense, con sus ingredientes del español. Como crítico de la modernidad económica que representaba el Canal y que transformó a toda la región, escribió una narración con el título “Panama Gold”, en donde se presenta a un trabajador antillano, exitoso, que dice: “I let dem understand quick enough dat I wuz a Englishman and not a bleddy American nigger! A Englishman – big distinction in dat, Bruing!” (*Tropic* 33). Y en “Godless City”, Panamá cuenta con una narración que entra en un mundo desconocido, ignorado e incomprensible, salvo unas muy buenas excepciones, a la ciudad letrada panameña: la ciudad de Colón, que Walrond compara con Gomorra por su paganismo y que termina también, como muchas veces en la historia, devorada por un fuego. Aquí se habla de Aspinwall, antiguo nombre para Colón, y se sumerge en el universo híbrido, plural, contradictorio y transnacional de sus barrios y calles –*Down y Lower Cash Street, “G” Street, Boca Grande*– con negros de Barbados, Jamaica, Paramaribo, Sant Lucia y Martinique. El barrio rojo, con sus cabarets, donde se bailaba tango argentino y merenge, con *girls* de Francia, Cuba, Costa Rica, con el *Obeah*, creencia religiosa animista del Caribe británico, en la que aparece “a little driep-up man”, un maestro, un mesiánico, Carlos del Campo, que le enseñaba inglés, francés y los clásicos “to the sons and doughters of the wealthy Chinese merchants of the city” (*Winds* 167).

El mundo de Eric Walrond, su experiencia transnacional, está lleno de paradojas y capta la modernidad en movimiento en su pluralidad y contradicciones. Como afirma Rhonda Denise Frederick: “*Tropic Death* does not promote a unified or fixed Caribbean subjectivity.” (181). Y a partir de aquí, con esta apertura de leer a Panamá, sin la cortapisa de las mojigaterías morales o la denuncia política e ideológica, que se encuentra frecuentemente, con la gran excepción de Rogelio Sinán, entre la ciudad letrada panameña,²⁴ Walrond nos entrega una narración sobre lo que en Panamá ha sido el símbolo del “transitismo”, del “comercio” y del “turismo” depravador que corrompe al panameño original: el burdel. En “Palm Porch”, se encuentra el entrecruzamiento y las contradicciones transatlánticas, no solo por los clientes que frecuentan la casa, “the Palm Porch was not a canteen, it was a house. But it was a house of lavish self-containment” (*Tropic* 88), sino por la presencia de Miss Buckner, matrona caribeña de la casa, mulata, cuyo sueño es ser blanca, y que es, a la vez, por su forma de vestirse y sus maneras, una prolongación de la “Victorian epoch” (93) en el “squalid world of Colon” (89).

A partir de la obra de Walrond, como contrapunto de la modernidad en movimiento, que crea una nación romántica para negar la transnacionalidad en Panamá, es posible desde los “márgenes” de la representación de los espacios geográficos erosionados por el intercambio de gente, bienes y símbolos, encontrar en Panamá una lectura crítica y reflexiva, pues *Tropic Death* se desarrolla bajo el ritmo contradictorio de una transnacionalidad, cuya nación romántica no llegó a integrar en su representación.

Desde 1926, cuando se crea la Academia Panameña de la Lengua, se articula entre los mandarines de la ciudad letrada panameña un discurso dominante, criollo-hispanista (que todavía es vigente, pues ha encontrado en la globalización el lugar donde el transitismo puede ser todavía demonizado), de clase media emergente, en que la nación romántica, lo popular sociohistórico

²⁴ En la novela de Alfredo Cantón *Juventudes Exhaustas*, novela que nace al calor del Frente Patriótico, un movimiento político-estudiantil en la década del cincuenta, la figura central gira en torno al término “dignidad”, que define al hombre, entiéndase al macho, y a la nación. El protagonista entra a un cabaret de Colón –precisamente allí para hacer su cruzada moral– y le dice a una prostituta, el símbolo de la entrega de la Ciudad de Panamá en *Luna Verde* de Joaquín Beleño: “usted es digna de mejor suerte” (392), después que ella le dijera: “pero yo no hago de todo, ni soy “pro mundi beneficio” (392).

heredado de la colonia, fue el espacio real-metafórico que se levantó como propuesta contra la transnacionalidad, el vilependiado “transitismo”. Contradictoriamente, lo conocido como cosmopolitismo, en el caso de Miró (apresurado por hacer de Panamá una gran ciudad “europea”) y Korsi (que no se queda atrás en este intento), funcionó como representación de una clase suntuosa, “afrancesada”, amurallada en sus nuevos barrios, que acogía a unas mojigatas señoritas, acosadas y deseadas por arribistas, logreros y clasemedieros, pero a costa de negar el proceso real de transnacionalidad que transformaba, chocaba, hibridizaba los espacios que eran resultado de la erosión/recomposición de las fronteras transnacionales.

Bibliografía

- Andreve, Guillermo. *¿Cómo atraer el turismo en Panamá?* Panamá: Edición Oficial, 1929.
- Andreve, Guillermo. *Crónicas parisinas*. París: Editorial Excelsior, 1925.
- Arosemena, Justo. *El estado federal de Panamá*. Panamá: Editorial Universitaria, 1982.
- Ashcroft, Bill, Gareth Griffiths y Helen Tiffin. *The Empire Writes Back: The Theory and Practice in Post-Colonial, Literature*. New York: Routledge, 1989.
- Beleño, Joaquín. *Luna Verde*. Panamá: Manfer, 1951.
- Bolívar, Simón. *Carta de Jamaica*. Warszawa: Centro de Estudios Latinoamericanos, 1990.
- Cantón, Alfredo. *Desenvolvimiento de las Ideas Pedagógicas en Panamá (1903-1926)*. Panamá: Imprenta Nacional, 1955.
- Cantón, Alfredo. *Juventudes Exhaustas*. Panamá: Imprenta Nacional, 1963.
- Castillero Calvo, Alfredo. “Transitismo y dependencia: El caso del Istmo de Panamá”. Separata. *Revista Lotería* 210 (1973): 17-40.
- Cheng, Chu-Chue. “Anachronistic Periodization: Victorian Literature in the Postcolonial Era or Postcolonial Literature in the Victorian Era”. *Postcolonial Text* 2.3 (2006): 1-13.
- Figuroa Navarro, Alfredo. “El departamento colombiano de Panamá a fines del siglo XIX e inicios de la vigésima centuria”. *Colombia y Panamá: la metamorfosis de la nación en el*

- siglo XX. Ed. Heraclio Bonilla y Gustavo Montañez. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2004. 93-124.
- _____. “Prólogo”. *Las Noches de Babel*. Por Ricardo Miró. Panamá: Asamblea Legislativa, 2002. 7-13.
- _____. “Prólogo”. *Escenas de la vida tropical*. Por Demetrio Korsi. Panamá: Asamblea Legislativa, 2002. 111-120.
- Frederick, Rhonda Denise. “The Colón People: Reading Caribbeanness through the Panama Canal”. Tesis doctoral University of Pennsylvania, 1997. <<http://repository.upenn.edu/dissertations/AAI9814845>> (17 de abril 2007).
- Frisby, David. “Georg Simmel, primer sociólogo de la modernidad”. *Modernidad y Posmodernidad*. Ed. Josep Picó. Madrid: Alianza Editorial, 1988. 51-83.
- Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI Editores, 1969.
- García, Ismael. *Historia de la literatura panameña*. Panamá: Manfer, 1992 (1964).
- Gewecke, Frauke. “La heterogeneidad como rasgo fundamental de la modernidad y del Modernismo hispanoamericano: *Las noches de Babel* de Ricardo Miró”. *La modernidad revis(it)ada. Literatura y cultura latinoamericanas de los siglos XIX y XX*. Eds. Inke Gunia, Katharina Niemeyer, Hans Paschen y Sabine Schlickers. Berlín: Tranvía, 2000. 168-182.
- Gramsci, Antonio. *La política y el Estado moderno*. Barcelona: Planeta, 1985.
- Grinberg Pla, Valeria, y Werner Mackenbach. “Representación política y estética en crisis: el proyecto de la nación mestiza en la narrativa bananera y canalera centroamericana”. *Tensiones de la modernidad: del modernismo al realismo. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – II*. Eds. Valeria Grinberg Pla y Ricardo Roque Baldovinos. Guatemala: F&G Editores, 2009. 375-412.
- Griswold, Chauncey D. *El istmo de Panamá y lo que vi en él*. Panamá: Editorial Universitaria, 1974.
- Herrera, Darío. *Lejanías*. Lima: Amauta, 1971.
- Jiménez Matarrita, Alexander. *El imposible país de los filósofos*. San José: Perro Azul, 2002.
- Jurado, Ramón H. “Itinerario y rumbo de la novela panameña. El ruralismo como expresión ideológica”. *El Panamá América* 2 de noviembre 1953.
- Korsi, Demetrio. *Escenas de la vida tropical*. Panamá: Asamblea legislativa, 2003 (1934).
- Méndez Pereira, Octavio. “Panamá, país y nación de tránsito”. *Revista Lotería* 367 (1987): 62-67.

- Miró, Rodrigo. *Teoría de la Patria (notas y ensayos sobre literatura panameña seguidos de tres ensayos de interpretación histórica)*. Buenos Aires: Amarrortu, 1947.
- Miró, Rodrigo. *La literatura panameña: origen y proceso*. San José de Costa Rica: Trejos Hermanos, 1972.
- Miró, Rodrigo. “Carlos Guillermo Wilson, el negro Cubena”. *La Prensa* [Panamá] 31 de julio 1995: 45 A.
- Miró, Rodrigo. *Noches de Babel*. Panamá: Asamblea legislativa, 2003 (1913).
- Mignolo, Walter. “La razón postcolonial: herencias coloniales y teorías postcoloniales”. *Postmodernidad y Postcolonialidad: breves reflexiones sobre Latinoamérica*. Ed. Alfonso del Toro. Frankfurt am Main: Vervuert, 1997. 91-114.
- Ozores, Renato. *Puente del Mundo*. Santiago de Chile: Imprenta Nascimento, 1951.
- Porras, Ana Elena. *Cultura de la Interoceanidad. Narrativas de identidad nacional de Panamá (1990-2002)*. Panamá: Editorial Universitaria Carlos Manuel Gasteazoro, 2005.
- Porras, Hernán. *Papel histórico de los grupos humanos de Panamá*. Panamá: Portobelo, 1987 (1953).
- Serrano Guerra, Damaris. *La celda del caracol (cuatro ensayos de sociología literaria)*. Panamá: Instituto Nacional de Cultura, 2002.
- Sieber, Cornelia. *Die Gegenwart im Plural. Postmoderne/postkoloniale Strategien in neueren Lateinamerikadiskursen*. Frankfurt am Main: Vervuert, 2005.
- Sinán, Rogelio. *Cuentos de Rogelio Sinán*. San José: EDUCA, 1982.
- Sinán, Rogelio. “Rutas de la novela panameña”. *Revista Lotería* 23 (1957): 103-110.
- Simmel, Georg. *Die Philosophie des Geldes*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1989.
- Sisnett, Manuel Octavio. *Belisario Porras o la vocación de la nacionalidad*. Panamá: Imprenta Nacional, 1959.
- Sontag, Susan. *Krankheit als Metapher/Aids und seine Metaphern*. Frankfurt am Main: Fischer, 2003.
- Schulman, Iván. “El otro modernismo. El caso de Darío Herrera”. *Pittsburgh* 196 (2001): 189-398.
- Szok, Peter. “La patria es el recuerdo: Hispanophile Nationalism in Early Twentieth-Century Panama, 1903-1941”. *Journal of Caribbean History* 31.182 (1997): 50-70.

Vásquez, Margarita. “Lecturas cruzadas de la literatura panameña”. *Revista Cultural Lotería* 450-451 (2003): 296-313.

Walrond, Eric. *Tropic Death*. New York: Collier Books, 1972 (1926).

Walrond, Eric. *Winds Can Wake Up the Dead*. Ed. Louis Parascandola. Detroit, MI: Wayne State University Press, 1988.

Wilson, Carlos Guillermo. “Aspectos de la prosa narrativa panameña contemporánea”. Tesis Doctoral. Los Angeles: University of California Los Angeles, 1975.